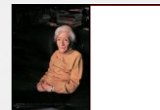


Ana María Matute, rodeada de libros en el sobrecático que habita en Barcelona. A la derecha, la muleta.



ANA MARÍA MATUTE

“A mi edad avanzadísima
he conseguido ser feliz”

*Reina en un mundo de hombres: es la letra K de la
Real Academia Española y Premio Cervantes,
el principal de la lengua castellana, que recibirá en abril*

TEXTO PAU ARENÓS FOTOS ALBERT BERTRAN



ANA MARÍA MATUTE, DE 85 AÑOS, se mueve con lentitud, habla con lentitud. Habla y se mueve con una muleta. Hubo un tiempo en el que prevaleció la velocidad. Fue precoz en la escritura, en la publicación, en los triunfos. Lo ha ganado casi todo. En abril recibirá el Cervantes: un premio de hombres. En la galería de las estatuas enseñan pocos bustos femeninos, aunque haya un raudal de escritoras. A Ana María solo se le resiste el Nobel. Teme no estar ya a tiempo.

En la noche barcelonesa, su pelo blanco es una lujosa estola de armiño.

El último libro que le han publicado, 'La puerta de la luna', ocupa 850 páginas. Los cuentos completos. Sí, los han recogido todos.

Ha escrito muchos. Sí. Soy una cuentista.

Y al ver ese volumen con tantas páginas...

Ya sé lo que hay ahí. Hay muuuuchos años. Empecé muy joven. Soy muy vieja. Por tanto, usted mismo.

Los 125.000 euros del Cervantes, ¿ya tienen destino? Ay, me pregunta unas cosas... Sí, claro. ¡Vivir!

Vivir. Ayudar a vivir que es muy importante. Yo vivo de la literatura.

De la literatura nunca se ha vivido muy bien. Al principio era peor. No me quejo, vaya.

Cuando piensa una nueva novela, la obra le va creciendo por dentro. Eso siempre. Todo lo que escribo sigue el mismo proceso. Primero lo larvo, crece y puede surgir por cualquier cosa. La idea surge de las cosas más impensadas. Empiezas a pensar en aquella frase que te

choca por algo y, sin darte cuenta, va naciendo. ¡Esto es una novela! Creas los personajes. Se disfruta mucho, le advierto.

¿En qué punto está? Después de fiestas la voy a comenzar [la entrevista fue grabada antes de Navidad]. No se puede explicar nunca.

¿Mala suerte? Más que mala suerte, se estropea, ¿sabe? La primicia tiene que ser para el papel, para la escritura.

¿Cómo se organiza para escribir? No soy mujer de costumbres. Tiro por mi comodidad, por cómo me va mejor. Pero, mire, siempre hay unas pequeñas reglas. No soy de los que se levantan a las cinco de la mañana. Nooo. Eso nunca. Me levanto tarde. Empiezo a escribir a las once. A veces, si estoy cansada y me he acostado tarde, después. Luego como. Si puedo comer con mi familia, mejor. Pero, eso sí, después tengo que hacer mi siesta, importantísima. Y luego a partir de las seis y media o las siete me pongo a escribir otra vez. Y después lo que dé de sí.

¿Hasta la madrugada? A veces hasta las dos o las tres.

¿Seguir escribiendo significa querer seguir viviendo? Exactamente. En mi caso, seguro.

¿Escribiendo hasta el minuto final? Hasta el minuto final. Me gustaría ser de esos escritores que se han muerto escribiendo, que les ha caído la cabeza en medio del folio. En realidad, lo que no querría es morirme.

Cuando reciba el Cervantes tiene que pronunciar un discurso. ¿Eso la agobia? A mí los discursos no me van. No soy una persona

de discursos. Soy una persona de cuentos y novelas. Y de ahí no me sacan. Ni poesía. Nada. Discursos, ensayos, no, no. También tuve que hacer el de la Academia.

¿Y regresará al bosque? No tengo ni idea. Hablará de literatura, por supuesto. ¡No hablará de coger percebes!

Pues los percebes le gustan. Me encantan. Por eso se me ha ocurrido.

Hace una década me dijo que la edad en la que se había quedado eran los 11 años. ¿Ha crecido? Poco, poco. Alguna bofetada te da la vida que te hace crecer un poco, pero vaya, no mucho.

Aunque ahora recibe más alegrías que bofetones. No hablo de ahora. Puedo decir que soy una mujer feliz, dentro de lo que se puede ser feliz en este mundo. Sí, sí. Soy feliz. A mi edad avanzadísima he conseguido ser feliz. Más ahora que cuando era joven.

¿Cuándo fue infeliz? Cuando yo no fui feliz fue cuando me casé. Me fui de mi casa y estuve diez años muy mal. Luego, cuando tuve la depresión, tampoco lo pasé bien. Pero bueno, eso ya...

En el cómputo de ochenta y pico años, ¿60 buenos y 20 regulares? Sí, más o menos. No está mal, no está mal. No me quejo.

Escribe y lee desde los 5 años. Lleva 80 años como lectora y escritora. Es una profesional muy longeva. Sí, sí.

¿Se aprende siempre o solo al principio? Siempre se va aprendiendo. El que conser-

“Me gustaría ser de esos escritores que se han muerto escribiendo, que les ha caído la cabeza en medio del folio. En realidad, lo que no querría es morirme”



va todavía, como conservo yo, un poco de inocencia, un poco de asombro por la vida... ¿No? Porque todavía me asombro. Sí, quizá soy un poco más inocente que la mayoría de las personas.

¿Inocencia verdadera o inocencia buscada? Nooo. No busco eso. Ocurre y nada más.

¿Esa inocencia ha sido un rasgo positivo o le ha dado disgustos? Ha dado disgustos. Pero yo procuro sacar de los disgustos algún fruto.

Le leo una cosa: "Un niño llevaba un traje que le iba grande y le pedía a un duende que se lo acortase". Es el cuento que escribí a los 5 años. Uno de los que escribí entonces. Mi madre los recogió. Cuando me casé me los dio en un caja de cartón, de zapatos me parecía a mí. No todos, pero una gran cantidad. Cuentos ilustrados por mí hasta los 12 o 13 años. Luego ya empecé con la novela.

Se atrevió muy pronto con la novela. ¿Nunca le dio miedo? Quizá era lo único que no me daba miedo, todo lo demás, sí!

Aquellos lápices largos... Que me regalaba mi padre, que se iban gastando y él me decía que eran enanitos. Me daban pena. Todo el mundo me regala lápices. Es que me encantan los lápices de colores. Ese olor que tiene la madera. Tengo unas cajas de madera de puros y los meto. Me hace una ilusión...

Puros no fuma. Alguna chupadita he dado.

¿Qué fue de Totitos? Aquí la ves, arrugá, ja, ja, ja.

¿Aún es Totitos? Mi hermana me llama todavía Totitos. Me lo catalaniza: *Tutis*. Ja, ja, ja.

¿Ha vuelto a la ciudad de los armarios? Mentalmente sí, porque ya no existe.

¿Sueña con los armarios? Sí, alguna vez sí. Es una sensación que no olvidaré jamás, cuando se encendió una llama al partir un terrón de azúcar. Tenía 6, 7, 8 años, no me acuerdo exactamente.

Cuando ve un paraguas, ¿piensa en su padre? ¡No, hombre, no! Qué ocurrencia, ja, ja.

Ya sabe a lo que me refiero. Fabricaba paraguas. Tenían también almacén de metales, que es lo único que conservan mis primos. Todo el que fabrica algo con un metal, les compra a ellos. Tienen aquí y en Bilbao. Pero yo no tengo nada que ver con eso.

Después de la Guerra Civil, recuperaron la fábrica. Claro, claro. Todo, todo.

El muerto con un diente de oro y un panecillo de chocolate. ¿Aún se acuerda de eso? Yo no lo olvido nunca. El panecillo de chocolate, una persona muerta con aquello en la mano. Te da la sensación de muerte, ¿sabe? Muy real. No esa muerte del abuelito que no vuelve.

Panecillo y chocolate. Pasaban hambre. Aquella mano... A aquel hombre no le dio tiempo de comerlo. La vida que se te va. De repente, brusca y brutalmente.

¿Piensa en la muerte? Sí.

¿De qué manera? Siempre he pensado en la muerte.

¿También de niña? No me la podía creer del todo. Pensaba que a lo mejor eran esas cosas que dicen a los niños para que sean buenos.

¿Y cómo la vive ahora? Como un adulto ¡que no está nada conforme!

Siempre fue habilidosa con las manos. No es que fuera habilidosa, pero cuando algo me gustaba, lo hacía. No sé coser. Sin embargo, si lo ha requerido, he cosido. Sobre todo con hilo de oro.

Con hilo de oro debe de dar gusto. ¡Hombre!

¿Qué se cose con hilo de oro? Por ejemplo, un adorno. Si haces una ventanita de plástico transparente que parece cristal, el emplomado, digamos, con hilo de oro.

En estos momentos, la pericia queda para la muleta. Sí, hijo, sí.

¿Cuántas operaciones? ¿Once? Once. He entrado onces veces en el quirófano. No sé si me olvido de alguna.

Pero su resistencia es bárbara. ¿Es de familia? Mis padres murieron jóvenes. Dos hermanos míos han muerto. Una familia normal, ja, ja. Menos yo, claro.

¿No es normal? Es una broma.

Siempre ha sido excepcional. De pequeña ya era distinta. Más rara que un perro verde. →



Matute, en octubre de 1954, la noche que ganó el Planeta.

“Todavía me asombro. Sí, quizá soy un poco más inocente que la mayoría de las personas”

→ *¿Lo sigue siendo?* Sí, siempre me pasan cosas raras. Tengo una amiga a la que, hace muchos años, cuando nos conocimos, le dije: “Tú no te sorprendas porque a mí me pasan cosas que no le pasan a nadie”. Se rio, vaya. Tiempo después me respondió: “¿Sabes que tenías razón?”.

Igual busca la rareza, o la atrae. ¡Me pasa! Y meto la pata. En una cena, o en una comida, con mucho protocolo, estaba al lado del embajador de Nicaragua. Oí que me preguntaba: “¿Cuántos libros ha escrito?”. “Huy, no sé, tendría que contarlos”. Me miró con una cara... Otra persona que estaba en la mesa me lo aclaró: “No te ha preguntado cuántos libros has escrito, sino ¡cuántos hijos tienes!”. ¡Esa es la Matute!

¿Después lo aclaró? ¡Enseguida!

¿Dónde está el muñeco Gorogó?

Donde siempre, entre la ropa interior, entre los pañuelos y las camisetas.

¿Es la pertenencia más antigua que conserva? Me parece que sí.

¿Qué relación mantiene con él? La misma. Cuando estoy enfadada se lo cuento. Y me mira con esos ojos, pobre, que ya tiene turbios.

Nunca le ha contestado. Siempre.

¿Cómo es la voz? Pues no lo sé explicar. Una voz de muñequito negro.

¿A qué edad leyó a Cervantes, cuál fue el primer contacto? En el colegio. No me gustaba nada. Me aburría. No lo entendía. Esas cosas no se hacen con los niños. Y luego, de adolescente, cambió. “Eres escritora y tienes que leer el Quijote”. Y me entusiasmó. Y he llorado con la muerte del Quijote, oh. El hombre deja de estar loco cuando se muere.

La locura del escritor. Ahí tiene material para el discurso. Claro, claro. Por ahí van los tiros. No quiero decir nada porque lo gafo, lo gafo.

¿A su padre le gustaba que fuese escritora?

A los dos, a mi padre y a mi madre. No eran unos padres al estilo de la época. Eran burgueses con una mentalidad burguesa, no me dejaron estudiar una carrera, quería estudiar Filosofía, en cambio les hizo ilusión, a mi madre muchísimo, a mi padre también, que yo escribiera.

Raro, ¿no? En aquellos tiempos no era la profesión soñada. Incluso unos tíos, no carnales, segundos o terceros que vivían en el norte, estaban asustados. “Pobres, lo que estaréis pasando con la niña”.

¿La gente es mejor ahora? Es igual. Hay más cultura, entienden más las cosas. A lo mejor disimulan más. Pero ha cambiado mucho la mentalidad de la gente sobre lo que una mujer puede hacer o no. También las mujeres hemos contribuido mucho.

Usted siempre ha hecho lo que

ha querido. ¡Lo que he podido! A costa de muchos enfados, disgustos, pero lo he hecho.

Y esa rebeldía, ser dueña de su vida, ¿de dónde nace? Misterio, yo que sé, hijo, va con la naturaleza de la persona.

Se separó, fue a EEUU, los años... Negros.

¿Qué sucedió? Descubrí otro mundo tremendo, que desconocía, que era el del abuso. ¿Para qué hablar de eso?

Hablemos de alegrías. Al final me separé, que en aquella época no se separaba nadie. Vivían verdaderos infiernos en casa pero no se separaban porque nooo.

De ahí la gran unión con su hijo Juan Pablo. Nos queremos muchísimo, nos entendemos muy bien, estamos muy unidos.

Pero a veces se escapa de la vigilancia filial, antes con los whiskicitos y ahora con los ‘gintonic’s. ¿Por qué esa traición? Ja, ja. No lo sé. El whisky me resulta barroco y el gintonic, lúcido. Es más sincero.

Serán poquitos ‘gintonic’s. Como lea esto el médico... Sí, poquitos. Cuando me apetece.

Si a estas alturas no se da una alegría, ¿verdad? Cuando empiece a escribir, entonces me lo tomaré antes de ponerme ante la máquina. Por la mañana, no; por la tarde.

Lo siguiente es el Nobel. Los que me lo querían dar se han muerto. ¡Se me muere la gente! Duro demasiado, ja, ja, ja.

